

# Los niños aprenden a trabajar: ¿Privilegio o castigo?

*por Barbara Klocek*

---

**COMO MAESTROS** del jardín de infancia Waldorf, tratamos de infundir nuestro trabajo con devoción y relevancia a la clase. Incluso tareas sencillas, tales como limpiar las mesas, pueden hacerse o bien con cuidado o bien con prisas. A través de estas tareas, les ofrecemos a los niños un modelo a seguir con el que aprenden a preocuparse por su entorno.

**SIN EMBARGO**, en mis visitas como orientadora a muchos jardines de infancia, a veces me he encontrado con que, cuando los niños se portan mal, se les hace trabajar como castigo. Por un lado, realizar tareas físicas relevantes, con un propósito, tiene un efecto relajante y central tanto en los niños como en los adultos. Sin embargo, cuando se le da a un niño esa tarea porque se ha portado mal, toma el atributo de castigo y se convierte en algo a evitar. En uno de los jardines de infancia, varios de los niños han llegado a amar el día en el que tienen que ayudar a limpiar después de la merienda y tienen que fregar los platos. Cuando a algunos de los niños más revoltosos se les detuvo

para que ayudaran como castigo, reflejaron su actitud rebelde ante la limpieza, por lo que la experiencia de «hacer las tareas del hogar» se convirtió en algo que los niños querían evitar. ¿Este trabajo es algo que aceptar con emoción o es un castigo?

## **¿CÓMO PODEMOS LLEVAR LABORES**

al jardín de infancia que generen un modo de cooperación y una alegría por trabajar juntos para un bien común? Podemos empezar con un entusiasmo por las propias labores y por la oportunidad de aprender nuevas habilidades. El niño pequeño tiene una inclinación nata a imitar, a querer ayudar y a aprender sobre el cuidado del mundo. Al proporcionarles oportunidades para practicar con un amigo o en grupo, como parte de su rutina diaria, desarrollan la habilidad y la confianza para crear un espacio agradable. Para los niños, aprender cómo ponerse los zapatos, abrocharse la chaqueta o colgar los gorros es su primera labor de cuidado personal. En septiembre, una de mis nuevas estudiantes que acababa de cumplir cinco años sacó el pie y proclamó

---

en voz alta: «¡Ponme los zapatos!». Le dije que en el jardín de infancia es ella la que se ocupa de eso, así que aproveché para enseñarle los pasos. En poco tiempo, se sintió orgullosa de esta nueva destreza.

### ¿CÓMO PODEMOS TRANSMITIRLES

esa preocupación por las tareas del jardín de infancia de manera que los niños participen voluntariamente? De nuevo, el ilustrado consejo de Rudolf Steiner en el que «el ritmo reemplaza la fuerza» nos ayuda. Colocando en nuestro programa horas específicas y maneras de cuidar la clase, los niños van rotando entre las tareas con uno o dos amigos y aprenden la alegría y la satisfacción de trabajar juntos.

**EN OCASIONES**, la tentación nos incita a hacerlo nosotros mismos. Al principio esto puede ser lo más fácil, pero a la larga no estamos enseñando a los niños, sino que lo estamos haciendo por ellos. Uno de mis mayores propósitos era el de no hacer por ellos lo que pueden hacer por sí mismos. Quería enseñarles muchas destrezas que les pudieran servir, así como construir hábitos que les ayudaran. Esto incluía ponerse y atarse los zapatos (los más hábiles podían ayudar a los que todavía no podían). También podía incluir servir y llevar agua, lavar los platos, ordenar las cosas y limpiar las mesas. Además, quería que superaran esa negación a seguir las indicaciones de la maestra. Sabemos

que esta oposición forma parte de su crecimiento, de tener seis años y de querer ser el «jefe». Es muy importante practicar el formar parte de un grupo, aprender a escuchar las indicaciones de un adulto y el «dejarse llevar».

### EN LA GUARDERÍA Y EN

**PREESCOLAR**, el tiempo que transcurre de limpieza puede implicar a los niños de un modo orgánico sin que se den cuenta. A menudo, pueden imitar los gestos del maestro y participar de manera idealista. Ya que los niños van desde los cinco años y medio hasta los siete, podría haber una necesidad de mostrar una forma diferente de guiarlos con entusiasmo y firmeza. Esta «adolescencia en la infancia» suscita un sentido de individualidad que normalmente se manifiesta en decir «no». Sabemos que esta resistencia forma parte de tener seis años y de querer ser el «jefe», por lo que tenemos que afrontarlo con cordialidad y, a veces, dejando unas consecuencias claras.

### ¿CÓMO SE LLEVA ESTO A LA PRÁCTICA?

**CADA LUNES POR LA MAÑANA** me sentaba en una mesa con todos los niños mayores y doblábamos la colada de la semana. Era una actividad relajante que les daba a los niños más pequeños más tiempo para entrar y jugar a su propio

ritmo. Otros días, se seleccionaba a algunos niños (que sabía que necesitaban un poco de ayuda) para que amasaran el pan o para que cortaran las verduras. A lo mejor era su turno para lijar, tejer o coser.

**DURANTE EL DESCANSO**, es útil tener actividades que sean fáciles de realizar para relajar el ambiente tras el caos de algún juego. En la clase hay muchas bolsitas repletas de trapos para limpiar las ceras o para pulir las mesas y las sillas. Quizá las servilletas tienen que contarse y plegarse o tienen que traer los cuencos a la mesa. Un niño pequeño lo pasó mal jugando, pero le alegraba pasar el rato «limpiando» como una forma para calmarse y concentrarse en otra cosa. Al ser redirigido de esta forma cuando aparece el problema por primera vez, se consigue calmar esa situación tan tensa. Sin lugar a duda, el maestro o maestra también se encargaría de ayudar a los niños a resolver sus problemas.

**LA CUALIDAD MÁS IMPORTANTE** con la que rodear nuestro trabajo es la calidez; el cariño hacia los niños, el entusiasmo por la tarea y por la enseñanza de las habilidades necesarias para completarla, la calidez de nuestras palabras.

**CADA DÍA**, antes de que la hora de recoger empezara, decía en voz alta: «Los de seis años». Todos los niños de

seis años esperaban con ansia terminar de jugar y ayudar a llevar los cuencos, los vasos, las cucharas, las servilletas, las toallas y las jarras de agua a la mesa. Esto facilitaba la transición de jugar a la hora de recoger. Frecuentemente, los niños de seis años oponen una resistencia que necesitaba trabajarse a lo largo del día, reconociéndoles su estatus de «mayores». Después de haber «puesto la mesa», nos reuníamos mientras me sentaba en una silla en la alfombra en la que se contaban historias; nuestros «pequeños elfos» o «los más pequeños» nos contaban un breve relato de sus aventuras por el jardín de infancia cuando nadie los veía. Esta suponía una maravillosa oportunidad para contar historias «pedagógicas» espontáneas. Creaba una pausa en el día, con todo el mundo sentado cerca de mí en el suelo, que luego conducía a la hora de la limpieza. En un principio cuando daba las clases, ese era el momento más caótico, ya que les tenía que insistir donde sea que estuvieran. Avisar a los niños mientras que estaban jugando para contar unas cuantas historias hacía que la transición para limpiar fuera mucho más llevadera.

**MI TIEMPO DIARIO DE LIMPIEZA** suponía una parte íntegra para aprender a trabajar juntos. Me di cuenta de que para mí era mejor si todo el mundo tenía algo que hacer durante tres o cuatro semanas. Todos los niños tenían tareas que hacer.

Frecuentemente, colocaba a uno de los mayores con uno de los pequeños, o ponía juntos a dos niños que creía que podrían hacerse amigos. De esta forma ayudaba a crear un buen ambiente social entre ellos.

**LA HORA DE LA LIMPIEZA** consistía en: ordenar los cubos de juguete (2 niños), doblar la ropa (2), doblar trapos o sábanas grandes, limpiar los casilleros (2), poner los platos en el fregadero—una buena práctica para los niños más inquietos que les ayudaba a centrarse—, recoger los muñecos (1-2), ordenar las canicas (2), limpiar la caja de arena (1-2), limpiar el desván (1), limpiar bajo el desván (2), limpiar en otros sitios (2), servir agua de una jarra a los vasos mientras que otro ayudaba a llevar los vasos (2). Estos dos últimos se ocupaban de limpiar las gotas de agua y de colocar una servilleta en cada sitio. También contaba con dos limpiadores que, cada día, preguntaban lo que había que hacer. Así, rotábamos por la habitación y limpiábamos todas las zonas: el desván, debajo del desván, la mesa, etc. Uno puede tener su propia manera de gestionar la hora de la limpieza, pero, a menudo, es más fácil si la forma de realizarla es constante.

#### **UNA VEZ QUE LOS NIÑOS**

**TERMINABAN** sus tareas, les enseñé a que me preguntaran sobre lo siguiente que había que hacer. A los más pequeños

les enviaba a que se lavaran las manos y que se relajaran en la alfombra en silencio. Algunos de los mayores ayudaban a los demás o me pedían explorar. Les encantaba «explorar» la habitación para ver si había algo fuera de lugar; se trataba de un trabajo preciado para ellos.

#### **CUANDO TERMINÁBAMOS DE**

**ALMORZAR**, unos pocos niños a la vez iban a lavar sus platos utilizando un balde para lavarlos, otro para enjuagarlos y otro para dejarlos allí. Había una cancioncita que les ayudaba a recordar la tarea: «Frota, frota y otra vez. Frota, frota y otra vez. Mójalo a la una, mójalo a las dos, y lo tendrás como la primera vez». Era un primer contacto, pero servía como práctica diaria para limpiar.

#### **DESPUÉS DEL ALMUERZO** nos

íbamos al recreo. Se elegía a dos niños de nuevo para que ayudaran a lavar los platos mientras que otros dos limpiaban las mesas y colocaban las sillas para la siguiente actividad. Esto me brindaba la oportunidad de trabajar con un pequeño grupo para incentivar la amistad entre ellos o para mantenerlos implicados mientras que el resto estaban en los casilleros o de camino al patio. A ellos les gustaba ayudarme a preparar la hora del cuento, el espectáculo de marionetas o la obra de teatro. De nuevo, esto me proporcionaba el tiempo necesario para

trabajar de forma más íntima y desarrollar mi relación con los niños, así como entre ellos mismos.

**TRAS ESTO, COMÍAMOS.** A menudo, algunos de los niños me preguntaban si podían ayudarme a recoger las marionetas o si podían jugar después de que terminaran de comer. Les encantaba tener esa oportunidad y, en unos pocos minutos, todo estaba de nuevo en su sitio. Después de comer se seleccionaba a unos cuantos para que limpiaran las mesas y recogieran las sillas. ¡Se completaba todo tan rápido y tan fácilmente! Me di cuenta, tras muchos años de hacerlo yo misma, de que los niños podían ayudar a recoger la clase para el verano. Les gustaba mucho formar parte de este proceso. Me pasé las últimas dos semanas de clase

empaquetando las cosas con la ayuda de los niños. Barnizamos todos los objetos de madera y, con cuidado, los pusimos en cajas. Limpiamos las ventanas y el suelo, y a todos les gustaba sacudir las alfombras y lavar las prendas de las muñecas. Era música para mis oídos el escucharles decir con entusiasmo: « Me encantaría ayudarte».

**BARBARA KLOCEK** fue maestra de jardín de infancia en la Escuela Sacramento Waldorf durante 24 años. Desde que se jubiló, ha expresado su pasión por la educación en Waldorf entrenando a otros maestros, presentando talleres nacionales e internacionales y orientando a maestros de la Costa Oeste de Estados Unidos. Desde la antroposofía a la biodinámica, continúa expandiendo, así como siguiendo, su camino como artista y disfrutando como abuela de los hijos de sus tres hijos instruidos en Waldorf.

---

Traducido por PerMondo in Madrid, Spain  
Traducción al español realizada dentro de la iniciativa PerMondo  
(traducción gratuita de páginas web y documentos para ONG y  
organizaciones sin ánimo de lucro). Proyecto dirigido por la agencia de  
traducción Mondo Agit y la traductora: Beatriz Sanchez Gutierrez

---